

GRITA DETRÁS DE NOSOTROS (Mt 15,21-28)

En aquel tiempo, ²¹ **saliendo de allí Jesús se retiró hacia la región de Tiro y de Sidón.** ²² **En esto,** una mujer cananea, **que había salido de aquel territorio, gritaba diciendo:** «¡Ten piedad de mí, Señor, hijo de David! **Mi hija está malamente endemoniada**». ²³ **Pero él no le respondió palabra. Sus discípulos, acercándose, le rogaban:** «**Despídela, que viene gritando detrás de nosotros**». ²⁴ **Respondió él:** «No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel». ²⁵ **Ella, no obstante, vino a postrarse ante él y le dijo:** «¡Señor, **socórreme!**». ²⁶ **Él respondió:** «**No está bien tomar el pan de los hijos y echarse a los perritos**». ²⁷ «**Sí, Señor —repuso ella—, pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos**». ²⁸ **Entonces Jesús le respondió:** «**Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas**». **Y desde aquel momento quedó curada su hija.**

Del domingo de los hombres sin fe pasamos al domingo de la mujer con fe. Del domingo en el cual los hombres gritan desesperados, llenos de miedo, en las agitadas aguas de la existencia y ante la furia descontrolada del viento que los empuja sin rumbo, al domingo en el cual una mujer grita también desesperada sintiéndose impotente frente a la enfermedad de su hija. Del domingo en el cual los discípulos (que eran sus paisanos) lo vieron como un fantasma, a pesar de conocerlo demasiado cerca, al domingo en el cual una desconocida (extranjera) lo reconoció como el «Hijo de David». Del domingo en el cual los Doce viven la oscuridad profunda de la vida, al domingo en el cual la mujer experimenta también la oscuridad profunda de la enfermedad humana. Somos seres impotentes. Pero pasamos, también, del domingo en el cual Jesús reprocha «la poca fe» del futuro jefe de la Iglesia, al domingo en el cual el Maestro se quedó sorprendido por la «fe grande» de la mujer extranjera.

Los cananeos

El extranjero fastidia siempre. Observa cómo se trata a los venezolanos en algunos lugares. Ni qué decir de la situación de los inmigrantes en Europa. «No es de los nuestros», es la frase y es el sentimiento que aflora inconscientemente en el alma de cualquier lugareño. Y no vayamos tan lejos. Mira cómo sobreviven los serranos o provincianos en las capitales de las ciudades... ¿Y los extranjeros de la fe? ¿Aquellos que no profesan nuestra misma fe? ¿Aquellos que no son de tu grupo, de tu comunidad...? Tal vez sirva aún otro dato. Extranjeros, o casi extranjeros, eran también los israelitas que vivían distantes de Jerusalén. Cuanto más alejados de la «capital de la fe», corrían el riesgo de ser extranjeros de la fe; paganos o semi-paganos. ¿Y quiénes son hoy los lugareños de la fe?

El Nazareno, después de su impresionante aparición en el lago de Galilea, se fue — cuenta Mateo — al extranjero (21). Un dato interesante. El Nazareno dando vueltas en tierra extranjera. ¿Por qué? En eso apareció una mujer anónima, aunque no tanto para la sociedad judía que ya la había tipificado. Se acercó al Maestro, como lo haría cualquier persona, y le suplicó... por su hija. Una cananea (pagana) suplicando un favor a un judío (creyente). Desde tiempos antiguos, y por mandato divino, los israelitas evitaban cualquier contacto con los cananeos, y con cualquier extranjero. Ser cananeo o fenicio,

ser siro-fenicio o griego siro-fenicio (como dice Marcos) era sinónimo, entre otras cosas, de idólatra, politeísta y pagano; también era sinónimo de ignominioso y de bárbaro moral. Y de todos los extranjeros, quizás los peores, contra los cuales existían sentencias durísimas, eran los cananeos (Gn 24,3; Lv 18,3; Dt 20,17). Por eso, y por otras cosas más, se los calificaba como también «perros».

La mujer cananea

No es sino la típica figura de cualquier creyente y no creyente. Solo sabemos, de aquella mujer, que era cananea, aunque podemos intuir que era también una madre afligida y desahuciada. Para ella, aquel día y aquella persona, fue su última esperanza en este valle de lágrimas. Imploró con audacia no por ella, sino por su hija enferma o endemoniada. No hay diferencia, el mal siempre viene del maligno. Aquella mujer insistió e insistió. Suplicó y suplicó. Gritaba y corría detrás del Nazareno, pero él ni se inmutaba. ¡Increíble! Él seguía caminando y ella gritando detrás de Él. ¿Por qué, Maestro?

«No sabes quién soy, ni me conoces; te desinteresas de mi existencia, y cuando se te ocurre, pides, clamas y exiges un milagro. ¡Por favor! No eres mi conocida(o), ni eres parte de mi religión, ni mucho menos eres hija(o) de mi pueblo, y ahora pides un favor y exiges un milagro. ¡Por favor! ¿El milagro no es para quien se merece? ¿Quién podría objetar(me)? ¿No actúas tú de la misma manera?» Pero Señor...

Y así sucede. «Yo con los de mi gente». Se oye por doquier. «Primero mi familia..., el resto que espere... Primero los hijos de mi pueblo... Primero mis hermanos de comunidad... Primero los de mi religión... Pues, no está bien «quitar el pan de los hijos y dárselo a los perros» (26b). «¡Es verdad...!» dijo aquella mujer, «es verdad». Sin embargo, ante semejante trato, aquella no se enfureció ni se indignó ni se alborotó. ¿Qué hubiera hecho yo ante una persona tan dura? ¿Cómo hubiera actuado yo ante semejante arrogancia? ¿Qué hubieras hecho tú al escuchar aquella repuesta desconcertante y humillante? O ¿Qué haces cuando te “ningunean”? Hubiera tirado la puerta, me hubiera largado, diciendo: «¡Nunca más!». Pero aquella mujer pagana, con la esperanza entre sus manos, no se enojó ni se alejó, al contrario, reconoció su situación. Reconoció su condición y su poquedad. Reconoció que no pertenecía a los hijos de Israel. Reconoció. ¿Quién eres, Señor? ¿Cómo actúa tu presencia entre los hombres? ¿Cuál es tu plan de salvación? A pesar de todo esto, aquella gentil dijo unas palabras que cambiaron el ánimo y provocaron una leve sonrisa en el Nazareno. «Sí, Señor. Es verdad. Todo lo que dices es justo. No merezco y ni puedo exigir nada. No soy discípula tuya que camina detrás de ti, ni pertenezco a tu grupo. No soy de tu familia. Sin embargo, Señor, «también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos» (27). Tu bondad y tu misericordia, Señor, es abundante. Siempre sobra y sobrarán migajas. Migajas que pueden alimentar mi famélica existencia». Y consiguió así que Jesús cambiara de opinión. Es la segunda vez, tal como se lee en los Evangelios, que una mujer logró cambiar los planes del Señor. La primera sucedió en Cannán de Galilea, no muy lejos de donde se ocurrió este milagro. Ambas fueron intercesoras.

¿Cómo te sentirías tú si te enteraras que los testigos y mormones, que los judíos y musulmanes, que los anticlericales y ateos, suplicando al Señor, obtienen milagros...?

Los intercesores

Este tipo de milagros que aparecen en las narraciones bíblicas, generalmente es fruto de la intercesión o de los intercesores. Pero, ¡atención!, el milagro que narra el evangelio no fue fruto de la intercesión apostólica. Todo lo contrario. Fue únicamente obra de

la audacia de aquella mujer pagana. ¡Lee bien el texto! Mateo lo cuenta sin tapujos. «Sus discípulos, acercándose, le rogaban: Despídela, que viene gritando detrás de nosotros» (23c). Otras Biblias, por querer mejorar el texto o ser simpáticos con los Doce, cambiaron la traducción por «atiéndela que...» (23c). El verbo griego es *apolyson autēn* (*apolyō*) que significa «despedir» (Mc 14,23). Aquellos discípulos, creyentes, no caminaban en sintonía con el espíritu de Jesús. Hombres insensibles, pero miembros del grupo selecto del pueblo elegido, trataron también despectivamente a aquella mujer importuna. Querían que dejara de importunar. Deseaban deshacerse de aquella fastidiosa señora. Para ello, intentaron utilizar al Maestro. No dijeron «atiéndela», sino «despídela...». En cambio, aquella mujer pagana, no rogaba por ella. Pedía por su hija como pidiendo por sí misma. Suplicaba por otra persona, pero decía “Ayúdame”. Aunque se reconoció indigna antes los hijos de Israel, tuvo la certeza de que el Señor es clemente y misericordioso (22b). Otra mujer, entonces, en la periferia de Cannán de Galilea, que obtuvo un milagro imprevisto del Señor.

Señor, hazme probar a mí también, que no pertenezco a los hijos de Israel, las migajas de tu misericordia, para que aprenda a ser misericordioso.